Ben Reeves

Todo fue bonito y nada dolió

Traducido del inglés por Laura Vidal

AdN

Un muchacho acróbata

El coche plateado da cinco vueltas de campana antes de quedar boca abajo en el cruce. Un semáforo cambia de rojo a verde sin detectar nada extraño y los faros brillan furiosos en la lluvia, y las ruedas siguen girando, salpicando la calle vacía.

Todo está en silencio. Una tienda de kebabs, un resplandor amarillo. La austera blancura de la licorería y el chisporroteo de ventanas de viviendas parpadeando como guirnaldas luminosas. Caras que asoman por entre las cortinas. Se percibe el olor a las chispas de los fuegos artificiales que han explotado detrás de los adosados y también de las desprendidas del techo del coche cuando arañó la carretera.

El coche humea en el aire frío, el mundo invertido se refleja en el asfalto mojado. La humedad fue lo que hizo derrapar las ruedas —ruedas ilegales, demasiado gastadas, meras hebras color beis—, también el Jägermeister que él llevó a la fiesta y las pastillas que aún burbujean en su estómago.

Las ruedas del coche giran ahora más despacio, igual que un reloj sin cuerda.

Nada suena, pero todo habla: el coche habla, las señales hablan. Todo habla, muy bajito y muy suave: el susurro de una alcantarilla, el reclamo de sirenas lejanas. Todo aguarda.

Llegan una ambulancia, dos coches patrulla, con sus luces alternas: azules, rojas, azules. El semáforo hace lo posible por recitar lo ocurrido en su lenguaje de luces, pero nadie escu-

cha. Los paramédicos corren al lugar del accidente, rápidos, cautelosos y cansados por la larga noche; los policías parlotean por radio igual que periquitos. Esperan instrucciones.

Pero no llegan instrucciones porque el mundo se ralentiza más y más.

Se ralentiza más y más y más hasta que casi parece detenido.

Paramédicos de rostros inescrutables que enmascaran preocupación, paramédicos captados en plena zancada con las solapas de sus chalecos reflectantes congeladas a su espalda debido al aire gélido. Un agente de policía en el acto de parpadear. La lluvia suspendida en el aire, mil millones de perlas de cristal reflejando la escena.

Avanzo entre todo ello. Entre las gotas de lluvia suspendidas, entre los equipos de emergencia, y saboreo el peso de mi cuerpo y el crujido del cristal del parabrisas bajo mis pies descalzos. Camino hacia el coche pisando sus fragmentos, dispersos como diamantes de un joyero descuidado. Un cartel que dice «50» se inclina burlón hacia la puerta del conductor.

Y cuando el conductor, de veintinueve años, ese hombre que no es más que un niño, Samuel Preston, me ve por su ventanilla, abre mucho los ojos. Abre mucho los ojos porque sabe quién soy y a qué he venido. Todos lo saben, llegado el momento.

Tenía intención de pedir matrimonio a su novia el día de Año Nuevo. Ahora está despatarrado en el techo volcado del coche, todo aplastado y torcido, sujeto al asiento volcado, con las piernas destrozadas en algún punto por encima del volante. Los brazos rotos. El cuello roto, la columna quebrada, los nervios seccionados.

Me arrodillo, abro su puerta.

Sus amigos están inconscientes, uno en el asiento de delante; otro, detrás. Samuel intenta moverse, pero le digo ¡shhh! Entro

en el coche, me pongo su cabeza en el regazo, le acaricio el pelo; está asustado, y le digo que está todo bien, que no pasa nada.

Me dice que no puede moverse y le digo que lo sé, que no pasa nada. Él pregunta: ¿se acabó? No puede ser, ¿a que no? Y no contesto porque conoce la respuesta. Y cuando pregunta si no hay más remedio digo: sí, tranquilo. Ahora cierra los ojos. Obedece y hace una mueca de dolor. Le susurro algunas cosas. Le digo cosas que una persona debe saber solo antes de morir. Y el dolor se marcha y Samuel se relaja, atrapado en este doble mundo inmóvil donde la luz parpadea de azul a rojo, de nuevo a azul, a intervalos de varios minutos.

Pregunta: ¿le contarás a mi novia lo que ha pasado?

No puedo, le digo. Pero alguien lo hará.

Está embarazada.

Lo sé. Está todo bien. Cierra los ojos.

Ay, Dios, dice. Ay, Dios. Voy a echarlo de menos. Voy a echar de menos todo.

Samuel Preston mira por el parabrisas hecho añicos. Durante ocho segundos permanece inmóvil. A continuación, quita la pulsera del espejo retrovisor, que está del revés: cuentas de madera ensartadas en un elástico. Se las lleva a los labios y llora, y las huele, y recuerda. Su expresión es tensa y valiente. Y descansamos en la quietud, solos él y yo, callados, y el olor de la pulsera es lo último que percibe Samuel Preston.

Samuel Preston – 29 años, 5 meses, 4 días



Tres años se alejan a toda velocidad, como coches dando vueltas de campana, y yo, en las silenciosas primeras horas de un nuevo enero, deambulo. Samuel Preston no se me ha ido de la cabeza. Ninguno lo hace.

Deambulo, pues, y evito la ciudad y me deslizo por esos lugares de paso, el rompecabezas de hormigón, los árboles aprisionados en jardineras de ladrillo. Me gusta encontrarme estos rincones de verde en una ciudad gris: rincones escondidos que aspiran a no ser descubiertos nunca por promotores inmobiliarios, y los miro dar paso a más apartamentos, más casas. Hay un canal que recorre el borde del centro urbano, pero la oscurecen vías de tren y vallas metálicas, pasarelas, callejones, pasos subterráneos. El canal está bordeado de sauces amarillos cuyas llorosas ramas se derraman en el agua, y aquí y allá se entrelazan zarzas y casi puedes imaginar que estás en alguna clase de paraíso. Hasta que el rugido de un tren, o una isla de residuos flotando entre los juncos, o el tendido eléctrico asomando detrás de las copas de los árboles rompen el encanto. Es un paraíso hecho aparente por sus contradicciones, más valioso aún por su rareza.

Recorro el sendero junto al canal y me cruzo con una pareja de adolescentes que van de la mano. No quiero pensar en quiénes son o en quiénes serán; ahora mismo son una pareja joven y eso me basta. Hay un hombre sentado en un saco de dormir verde bajo el puente del tren. Los arcos del puente son un mosaico de grises allí donde el ayuntamiento tapa los grafitis y los grafitis recubren la pintura y la pintura vuelve a tapar los grafitis, en una batalla eterna cuyos adversarios nunca se encuentran. Hay hedor a pis. El olor almizclado del cannabis. El hombre del saco de dormir me pide un cigarrillo y le digo que no tengo mientras el sol naciente asoma rojo y oro por entre los sauces igual que el fogonazo de un fotógrafo en mi pequeño oasis.

Este parque, con la zona infantil en un extremo y el cementerio en el otro, es el parque en cuyo banco me siento y miro a John Lamb, el anciano, dar su paseo matutino. Para la ocasión viste pantalón beis holgado, zapatos de suela flexible y una chaque-

ta de *tweed* raída. Hubo un tiempo en que venía con su perro, Virgil, un *cocker spaniel*, y ambos se paraban a saludar a cada uno de los perros que se cruzaban en su camino, y John sonreía a los dueños y les daba los buenos días, y en ocasiones charlaban de cosas sin importancia, de perros y lluvia, antes de seguir su camino. Pero Virgil murió hace dos años de viejo y de corazón roto porque la mujer de John había muerto el invierno anterior. Ahora John pasea solo, y yo lo miro avanzar a trompicones por el largo sendero diagonal que atraviesa la hierba, dejar atrás el callejón con muro de ladrillo, la arboleda y los columpios y avanzar con paso saltarín hacia la carretera principal. Tiene el estómago vacío porque el beicon estaba malo. Tiene la mano vacía a falta de Virgil guiando el camino, y nota el brazo demasiado ligero, como si fuera a desprendérsele y a flotar al encuentro de su perro y de su mujer, esperándolo arriba, en alguna parte. Este anciano se cruza conmigo y no me mira. Yo lo observo renquear. Tiene las rodillas agarrotadas, y por tanto son sus caderas las que hacen el trabajo, y miro sus dedos de las manos cerrarse y abrirse. Miro el mechón de pelo blanco en la parte posterior de su cabeza, la forma en la que se mece con cada paso, y escucho rechinar y chirriar esos zapatos de suela flexible sobre el camino de asfalto. Huelo su aliento rancio por no haber desayunado ni tomado siquiera una taza de té. Siento los calcetines en contacto con sus espinillas, el picor en su entrepierna, el cinturón demasiado grande bailando en su cintura. Oigo cómo se esfuerza por hacer caso omiso del tráfico, por concentrarse en cambio en recordar cómo era este sitio cuando era un niño. Y mientras observo a este anciano sin perro, pienso en su mujer y pienso en budín de pan y mantequilla, y lo miro caminar por este mismo camino, solo, semana tras semana tras semana.

Un hombre que da los buenos días

John puede estar dos semanas sin que nadie le dirija la palabra. Entra en tiendas solo para cruzarse con personas. Da los buenos días a cada una de ellas y es posible que a cambio alguna le regale una sonrisa compasiva, pero también que una madre proteja a su hijo o un adolescente lo mande a tomar por culo. Pero lo dice de todas maneras, buenos días, buenos días, y si un desconocido lo mira, entonces sabe que no es un fantasma.

Hoy deja atrás el restaurante italiano de toda la vida y baja por una callejuela con apartamentos a un lado y un jardín asilvestrado a otro. El jardín se esconde detrás de una alambrada y en ocasiones John mira la cabra que pasta allí dientes de león y zarzas. Hoy la cabra no está, así que John sigue su camino por la callejuela y va a cruzar el parque.

En el banco hay un hombre joven sentado oyendo música por sus auriculares. Buenos días, buenos días. John no necesita nada de la tienda, pero va a entrar de todos modos. Si compra alguna cosa, tiene casi garantizadas unas pocas palabras: ¿en efectivo o con tarjeta? ¿Quiere el tique? Son palabras huecas, pero palabras, al fin y al cabo, y John las colecciona igual que fósiles encontrados de la playa. Una mujer pasea su perro. John dice: buenos días, buenos días, y el perro le olisquea las rodillas. No está seguro de qué raza es este animalillo desgreñado. Anda, mira, dice. Hola, hola. Pero ¿cómo eres tan guapo?

La mujer tendrá treinta y pocos años. Sonríe y es una sonrisa de verdad, pero aleja a su perro del anciano y desaparece por la callejuela que hay pasado el jardín de la cabra. A John se le acelera el corazón. Mira su reloj. Se pregunta si la señora y su perro greñudo harán siempre este camino a esta hora; de ser así, quizá puedan cruzarse de forma habitual. Lo bastante para decir buenos días, buenos días y, a continuación, es posible que ¿cómo está usted? ¿Qué tal el perrito? Bonito día, ¿verdad? John imagina una situación en la que esta mujer le pregunta por su vida y él a ella por la suya y llega un momento en que ella lo invita a cenar con su familia —un marido y tres hijos— y los visita cada semana, incluso en Navidad. John sigue andando.

En la tienda elige cosas que sabe que se le van a terminar. Plátanos. Leche. Chocolate para más tarde. Y cuando lleva los artículos al mostrador dice: buenos días, buenos días, cantarín, como si fuera la primera vez que lo dice.

El joven del mostrador se aleja de la caja registradora. Una luz roja indica que la caja está cerrada. Pero John se queda un rato allí antes de ir a las cajas de autoservicio.

Vuelve a casa sin una palabra. Y cuando cruza la puerta con su bolsa de comida, me encuentra sentado en el sofá con dos tazas de café. Digo: buenos días, buenos días.

La casa de John es oscura incluso si por las ventanas entra luz. El polvo flota: está sobre el sofá, sobre la mesa baja, sobre el piano con todos los trofeos de dardos. Aparte del polvo, el lugar está ordenado.

—El otro día me pareció ver a mi antiguo profesor de Lengua y Literatura.

Lo miro guardar meticulosamente la compra en los armarios: el chocolate, los plátanos, el pan. Mete la bolsa de plástico en un cajón junto a la nevera. Coloca unos cuencos y

platos del escurridor. Cuando termina, se sienta a mi lado sujetando un café con las dos manos.

—Era idéntico a él. Pero no era él. Sí, aquel profesor era un auténtico hijo de puta. Nada le parecía bien. Si escribías algo sobrio, decía que era básico. Algo demasiado poético, entonces decía que era recargado. Mi sueño era publicar un poemario, localizarlo y decirle: «¡Mira! Lo conseguí, cabrón miserable. ¡Ja!».

Señala con la cabeza una librería junto al piano. Entre los volúmenes encuadernados en piel y los libros sobre dardos, hay cinco gruesos tomos de tapa dura con su nombre. Esos no están polvorientos. Están tan relucientes como cuando fueron impresos. Esta historia ya me la ha contado, pero lo escucharé. Algunas personas necesitan más tiempo que otras.

—Sue siempre decía: «Olvídalo. Qué ganas de ponerte a localizar a antiguos profesores. Has publicado tus poemas. Has demostrado que se equivocaba». Pero no le hice ni caso. Lo busqué en la guía de teléfonos. Fui al colegio, pregunté por él, pero se había mudado. «Olvídalo», dijo Sue. «Enorgullécete de lo que has conseguido. Olvídalo». Pero yo no podía: quería demostrarle que se había equivocado. Y entonces un día vi su nombre en las esquelas: cáncer de pulmón. Solo tenía cincuenta y cinco años. Pero a usted qué le voy a contar, ¿eh, Señor Muerte?

A John le gusta llamarme Señor Muerte, como en el poema de Cummings.

Sonríe y me toca la rodilla con una mano vieja y venosa. Y se le borra la sonrisa. Sigue mirando los libros del estante, todos dedicados a su mujer. Los cinco se publicaron estando ella viva. Lleva tres años trabajando en un sexto poemario, pero su musa lo ha abandonado. En la mesa baja que hay entre los dos descansa un montón de papeles sueltos.

John coge un libro de poesía de la mesa auxiliar.

—¿Me dejas que te lea uno?

—Encantado.

—Vale. Este era el preferido de mi mujer. Se titula *Pan*.

Carraspea y lee el poema con voz solemne.

Cuando termina, da un sorbo a su café. Yo no digo nada.

—Ten en cuenta que lo escribí hace treinta años.

—Vale.

—Bueno, di algo.

—¿Qué significa?

—Da igual lo que signifique. No es una adivinanza. ¿Cómo te hace sentir?

—No estoy seguro. Tendría que pensarlo.

—Pues piénsalo. No tengo nada mejor que hacer.

—Me ha hecho sentir triste. Superfluo. ¿Es correcto?

—Ya te he dicho que no es una adivinanza. Pero lo de triste tiene sentido. Sue decía siempre que la ponía triste. Decía que nos complicamos la vida de manera innecesaria y a veces deseaba que pudiéramos vivir en un molino de viento en el campo. Igual deberíamos haberlo hecho. Igual un molino habría estado bien.

—Habría menos polvo que aquí, eso seguro.

—Muy gracioso.

Lo he dicho en serio, pero vuelve a tocarme la rodilla. Durante un rato, John se dedica a leer sus poemas, algunos en voz alta, otros en silencio. Poemas sobre perros y dardos, sobre trenes, sobre su mujer. No hago comentarios a no ser que me lo pida. Pero hoy estoy envalentonado.

—¿Por qué era *Pan* el poema preferido de tu mujer?

—¿Por qué lo preguntas?

—Has dicho que la ponía triste.

—Es verdad. Supongo que a veces necesitamos estar tristes. Pero ella no fue nunca de recrearse en las cosas.

Cierra el libro. Coge una hoja de papel del montón que hay sobre la mesa baja, pero al momento la deja donde estaba.

—¿No tienes nada que hacer? Debe de haber gente muriendo a cada minuto.

—Así es.

—¿Y cómo funciona la cosa?

—Si te lo explicara, no lo entenderías.

—Mira que eres tozudo.

John Lamb se sienta recto y cierra los ojos. Toma aire despacio y me coge la mano. La suya es fría y huesuda; noto cada tendón a través de la piel flácida.

—Acabáramos, Señor Muerte. Sé a qué has venido. Esta vez es distinta.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Nunca me haces preguntas.

—¿Hay algo que te gustaría hacer?

John abre los ojos. Se quita las gafas, cruza los brazos, los apoya en la mesa.

Pasea la vista por el hogar que una vez fue suyo, de su mujer y de su perro. A continuación, esboza esa sonrisa suya de buenos días, buenos días. Qué va, dice. Vamos a ello.

John Lamb – 81 años, 10 meses, 6 días



Después de John, deambulo un poco más. Por la avenida con todos los coches y hasta la rotonda donde está la fábrica. Sin que haya sido mi intención, llego al parque industrial; no es una zona residencial, sino un lugar de trabajo con aparcamientos y edificios de oficinas, furgonetas y camiones y gases de escape, pero ni parques ni colegios ni comercios. Es el pue-

blo que se creyó ciudad. Terminado y sin terminar, como un agujero negro, cada vez más denso y vacío.

Y camino hasta la catedral donde parejas jóvenes se acurrucan en bancos para almorzar sándwiches de supermercado y entro a ver a la mujer que reparte folletos y ofrece una visita guiada. Miro el tablón de anuncios en el que niños han dibujado a Jesús para un concurso y uno de los jesuses lleva gafas de sol y un monopatín y un lanzallamas, y la mujer de los folletos me pide que me vaya. Cree que soy una persona sin hogar debido a mi abrigo y a los agujeros en mi jersey, a mi pelo y a mis botas. Le digo que solo estoy mirando los dibujos. Me dice: le voy a pedir con educación que se marche. Así que levanto la vista a los techos decorados y los arcos, salgo de la catedral y me voy a la librería.

A un anciano se le cae la cartera en la acera, pero no quiero asustarlo cogiéndosela, así que dejo que se agache él. Le cuesta trabajo. Me pregunto si habrá preferido recogerla él o si desearía que lo hubiera ayudado y opina que el mundo se ha ido a hacer puñetas. Hay un oso de peluche olvidado en un muro de piedra, extraviado.



Mi apartamento da a un cruce con mucho tráfico, un KFC, unos cuantos pubs. Da a los huertos urbanos y a apartamentos de reciente construcción para jóvenes adinerados que solo los usan para dormir entre un día de trabajo y otro. Es un sitio tranquilo. Hay, sobre todo, personas mayores.

Mi cuarto de estar es blanco y está impoluto a excepción de las casi invisibles telarañas de los rincones y la mesa plegable, que siempre está cubierta de álbumes de fotos, botellas de agua desionizada, bandejas de plástico, pegamentos y escalpelos y una lata de aire comprimido. Por lo general, a esta

hora de la tarde me sentaría en ella a trabajar, pero hoy me quedo en la puerta e inspecciono el austero espacio.

No tengo adornos, ni plantas, ni apenas muebles. Solo las fotografías encima de la mesa. No consigo moverme de la puerta. Esto lo he sentido antes. Pocas veces, y siempre de forma inesperada. Un gran vacío. Como si mi cuerpo entero fuera un átomo y en algún rincón profundo de mi ser se alojara el núcleo de una persona tan infinitesimal que me sorprende que no implosione todo. Casi lo hace ahora en el umbral. Pero entro. Cierro la puerta, me siento en la mesa y enciendo la lámpara.

Durante unos minutos, me limito a escuchar a la niña que canta en el piso de enfrente y el ruido del televisor del señor Campbell en el piso de arriba.

El señor Campbell tiene ciento tres años. Me dio sus fotografías para que se las restaurara, un álbum entero. Tiene unas cuantas décadas, una carpeta de plástico amarilleado con flores dibujadas en colores chillones en la esquina inferior derecha. En la cubierta hay un bolsillo transparente con un trozo de cartulina que dice: «Este álbum pertenece a», pero nadie ha escrito ningún nombre.

Dentro, las fotografías son casi todas en blanco y negro: fotografías de una boda, un recién nacido, un niño de meses. Fotografías de personas con petos y vestidos sesenteros, personas de pie en cocinas o sentadas en sofás de tapicería floral; no son ocasiones especiales, solo una excusa para usar la cámara.

Por supuesto, sé quién es cada una de estas personas: he conocido a casi todas y ellas me han conocido por distintos nombres y bajo distintas formas. Al resto no tardaré en conocerlas. Ahora, en estas fotografías, me sostienen la mirada, más alegres, despreocupadas.

Muchas de las fotografías tienen manchas parduzcas. Algunas están rotas, otras, arrugadas. Algunas de las más viejas

—las más gruesas y cuadradas impresas en cartulina— han empezado a pelarse y desintegrarse por los bordes. Unas pocas se han adherido al plástico transparente que las sujeta al álbum. Y otras se han desvaído hasta el punto de que las caras parecen espectros, pero no importa; las recuerdo todas. Las restauraré hasta dejarlas tan inmaculadas como cuando fueron reveladas.

El tiempo de que dispongo entre los suicidios y los ataques al corazón, lo dedico a restaurar fotos. Entre los ictus, los accidentes de tráfico, las caídas de escaleras de mano y algún que otro asesinato, me siento en la mesa y las pulo, las limpio, las raspo, las sello, las retoco y las reconstruyo, y me concentro en el trabajo, en mis manos, en las personas de las fotografías y en sus voces.

Hoy empiezo cortando uno de los bolsillos transparentes del álbum con un escalpelo. Con delicadeza, intento desprender la fotografía del plástico. No cede y me arriesgo a destruir la imagen. Está muy pegada, así que lleno una bandeja de plástico con el agua desionizada y sumerjo la fotografía.

Es un retrato del señor Campbell: Ronny Campbell con su hermana, Lilly Bennett. Los dos están en la veintena y juegan a hundir la flota encima de un tapete para juegos. Ron ganó tres veces seguidas y Lilly no le dirigió la palabra durante el resto de la noche. El plástico se desprende de la fotografía con un poco de ayuda del escalpelo. Seco la imagen con un paño de muselina y limpio una pequeña mancha con el pulgar. Fotografía salvada.

A mi derecha oigo las pisadas que produce algo pequeño, y un suave ronroneo.

Una gata blanca ha entrado por la ventana del dormitorio. No la reconozco, pero me pongo de pie y voy hasta ella, y ella se me restriega contra el tobillo.

—No, no vives aquí.

Me agacho, la cojo. Busco un collar, pero no tiene, así que la llevo entre ronroneos al dormitorio y la dejo en el alfeizar, desde donde puede saltar al toldo por el que ha subido.

De vuelta a la mesa, repito el proceso con el agua en el resto de fotografías que se han quedado pegadas al plástico. Los jerséis navideños. El niño desnudo de pie en la piscina infantil. El patio de colegio con la niña llorando, esta última con las esquinas completamente despegadas, así que abro el tubito de pegamento y…

Otra vez el ronroneo.

Esta vez la gata enrosca la cola alrededor de la pata de la mesa y sé que eso significa que se dispone a ponerse cómoda. La cojo otra vez y la llevo a la ventana.

—Lo siento, estoy seguro de que eres una gata encantadora, pero no vives aquí y no tengo comida para ti.

La devuelvo al alfeizar y me mira como si fuéramos amigos desde hace muchos años y le estuviera haciendo un feo muy grande.

Corro las cortinas. Vuelvo al trabajo.

A los veinte minutos, la gata ha reaparecido y camina de un lado a otro encima de la mesa. Se tumba entre las fotografías y empieza a asearse.

—Estás sentada en mis fotos.

Dejo de trabajar, me recuesto en el respaldo de la silla. Miro la gata.

Esta mañana me he comprado una manzana en la tienda de la esquina y ahora me la como, saboreando cada bocado. La piel fina y gomosa en la garganta. La esponjosidad húmeda y crujiente de la carne, la textura leñosa de las semillas entre los dientes. Muerdo el tallo hasta hacerlo papilla y entonces la gata salta a mi regazo. Apoya el mentón en las pezuñas, cierra los ojos y ronronea.

—No me vas a dejar en paz, ¿verdad?

La aparto con suavidad, me limpio las manos en el jersey y cruzo el descansillo hasta el piso de enfrente.

Cuando Dalia me abre la puerta, lleva pijama y guantes de goma. Parece preocupada al verme, como si la razón de que llame a su puerta tuviera que ser una emergencia: hay un incendio en el edificio, o un asesino anda suelto.

—¿Tienes comida para gatos?

—¿Comida para gatos? Puede. ¿Por?

—Hay una gata en mi cuarto de estar. Tiene hambre.

Me echo a un lado y miramos los dos hacia la puerta abierta de mi apartamento y a la gata blanca lamiéndose en la moqueta. Dalia dice: vale, espera aquí. Empieza a revolver en los armarios de la cocina: primero en los superiores, luego en los inferiores, incluido el de debajo del fregadero. Saca todos los botes de lejía y envases de detergente, y también el espray insecticida. Los deja todos a su alrededor en el suelo.

—Estoy segura de que hay pienso en alguna parte. Teníamos un gato, pero murió aplastado el día de la mudanza.

—Gracias por mirar.

—Mamá, ¿qué haces?

—Buscar comida para gatos.

El apartamento es muy parecido al mío, solo que con la distribución en espejo, y está lleno de adornos y fotografías enmarcadas. La televisión está encendida, pero nadie la está viendo. En el suelo hay desperdigados juguetes, revistas y libros de colorear, y una niña de un año quitando los almohadones del sofá.

—Eres el señor que vive ahí, ¿verdad?

Miro a la niña de siete años. Tiene la piel más pálida que su madre, el pelo más claro. Señala mi cuarto de estar, donde la gata sigue lamiéndose.

—Eso es.

—Soy Layla. ¿Tú cómo te llamas?

—Travis Smith.

—¿Quieres ver mi juego?

—¿Tu juego?

—Estoy jugando a un videojuego en mi cuarto. Ven a ver.

—No, mejor espero aquí.

—Ven, que te lo enseño.

Me coge la mano y me hace cruzar una puerta que está a la derecha. Su cuarto es pequeño, con apenas sitio para una cama individual, un armario, una cómoda pequeña con la jaula de un hámster y un televisor encima. Las paredes son blancas al igual que en las otras habitaciones, pero tiene algunos carteles de narvales y llamas, fotografías de naturaleza con curiosidades escritas en los laterales.

Se deja caer en la cama y coge el mando a distancia. Me dice que me siente y lo hago a su lado y miro a un hombre pixelado correr y saltar por encima de monstruos pixelados.

—¿Quieres probar?

—No, prefiero ir a ver si tu madre ha encontrado las galletas.

—Solo una partida rápida.

Me pone el mando en la mano.

—Toca esa para saltar. Aprieta esa si quieres ir deprisa.

—¿Para qué necesito ir deprisa?

—Para pasar de nivel antes de que mamá diga que hay que apagar.

—Vale.

—Ya te has muerto.

—¿Cómo?

—Te has chocado con el monstruo.

—No sabía que iba a estar ahí.

—En eso consiste el juego. Tienes que estar atento a los monstruos. Pero no pasa nada, te quedan dos vidas.

Dalia entra en la habitación con una caja amarilla de galletas para gatos. Dice que no sabe cuánto tiempo tienen y le digo que parecen estar bien, gracias. Layla me mira.

—¿Por qué tienes una gata, pero no comida para gatos?

—No es mía. Pero no hace más que meterse en casa.

—Ya. Hora de apagar, Mofetita. Ponte el pijama.

—Todavía no hemos pasado de nivel.

—Me da igual. Ponte el pijama ya.

—¿No podemos terminar este nivel solo?

—No. Mañana tienes colegio.

—La madre de Brooke la deja quedarse levantada hasta las nueve.

—Pero es que yo no soy la madre de Brooke.

—Por favor, mamá. Casi hemos terminado.

Dalia me mira como pidiéndome ayuda y yo miro a Layla.

—Me parece bien. Pero solo si a tu madre también le parece bien.

—Cinco minutos. Lo digo en serio. Y luego a la cama.

Layla aúlla de alegría y me quita el mando. Me dice que me va a enseñar cómo se hace. Dalia menea la cabeza y nos deja solos.

Ahora Layla se toma su tiempo, recoge cada moneda, aplasta cada monstruo. Explora cada zona oculta, cada potenciador. Y cuando ha pasado de nivel, apaga la consola y el televisor y me echa de la habitación para prepararse para irse a la cama. Dice adiós y cierra la puerta mientras su madre lava platos en el fregadero.

—Las galletas están ahí.

—Gracias.

Acepto la caja, pero me quedo un momento mirando a Dalia. Parece cansada. Coge un plato y lo restriega con un cepillo. No vuelve la cabeza.

Una mujer muy mayor

Se levanta temprano y cada mañana es como resurgir de entre los muertos. Sentada en el borde de la cama, se masajea los codos, las rodillas, las manos de venas azules: les recuerda que siguen vivos.

La vida pasa más deprisa a medida que envejeces, le habían dicho. Esos años de infancia son eternos, luego las cosas se aceleran y cumples veinte, treinta, hasta que cada año es un mes, cada mes una semana: las estaciones pasan zumbando igual que una rueda de fuegos artificiales, de Navidad en Navidad, aterradoras, imposibles e irrefrenables. Pero nadie la avisó de lo que ocurre cuando tu marido muere a la respetable edad de setenta y cuatro años, cuando tú tienes setenta y nueve. Nadie le dijo nunca que esos diez años siguientes serían eternos. Que cada día pondría a prueba su paciencia. Eso no se lo dijeron.

Hace el largo trayecto desde el dormitorio por el pasillo interminable apoyando las manos en las paredes para conservar el equilibrio y hasta la cocina, donde lleva el hervidor al fregadero, lo llena, lo devuelve a su base. Su columna vertebral es un poste de madera que ella carga como si fuera un espantapájaros. Pasos mínimos y arrastrados, pies descalzos despegándose del linóleo. La vida humana es un ciclo, ha aprendido. Nacemos desvalidos, morimos desvalidos. Quizá, piensa, no estamos pensados para durar tanto.

No es que no pueda vivir sin él. Lo que ocurre es que nunca ha querido. Ha vivido una vida con el hombre que eligió y ahora está en una nueva fase, una fase superflua, en la que la voz de él no existe, en la que su olor no existe. Llegaron a este planeta por separado. Se encontraron. Vivieron más años juntos que cada uno por su lado. Y cuando él la dejó sola, se llevó con él la mitad de su ser, y ahora está preparada para desaparecer por completo.

Duda entre seguir de pie y esperar a que hierva el agua o ir a sentarse al cuarto de estar. Ayer esperó hasta que las rodillas se le pusieron rígidas y entonces no pudo sentarse, pero si se sienta, tendrá que ponerse de pie otra vez…, y entonces cae en la cuenta de que ni siquiera ha encendido el hervidor. Lo enciende y arrastra los pies hasta el cuarto de estar.

Igual podría sugerir a Mason comprar un andador y quizá un taburete para la cocina. Así podría sentarse mientras hierve el agua y, al ser alto, le facilitaría ponerse de pie. Quizá así podría mirar el jardín por la ventana de la cocina, mirar los pájaros.

Habrá incluso quien piense que es una ñoña por lamentarse así. Eres una mujer independiente, amiga. Tu marido no te definía, cariño. Aún tienes vida por delante. Pero hace tiempo que aprendió que no hay vida mejor que la vida compartida. Darlo todo y recibirlo todo, hasta que llega un momento en que sin esa persona te falta algo. Eso no se lo dijeron nunca.

Se traslada a la butaca en el cuarto de estar. Está muy lejos. Y justo cuando su trasero toca el almohadón, llaman al timbre.

No abras, piensa. No esperas a nadie. Ya se irán. No hagas ruido. No enciendas aún la televisión. Déjalo. El timbre suena de nuevo y alguien dice su nombre y es una voz de hombre y sabe de quién.

Con las manos en el brazo de la butaca, toma impulso y se levanta justo cuando el hervidor se apaga. Al abrir la puerta se encuentra un hombre alto que parece tener treinta y mu-

chos años. Ni guapo ni feo, algo desaliñado. Jersey gris holgado, vaqueros negros, zapatos gastados.

Saludo y me deja entrar.

Me ofrece una taza de té y digo que sí, que me encantaría.

—Ya sabes dónde está el hervidor. Acaba de apagarse.

Sin resuello, se sienta y enciende la televisión. Le gustan los programas de viajes y de decoración, donde aparece toda esa gente feliz con demasiado dinero; la ayudan a mantener los pies en la tierra.

En la cocina, pongo dos bolsitas de té en sendas tazas, vierto el agua y las dejo infusionar un minuto. Le pongo a ella dos cucharadas de azúcar y llevo las tazas al cuarto de estar antes de sentarme en el puf cerca del televisor.

—Sigues sin saber hacer una taza de té como es debido.

Y estamos un rato callados, ella y yo, mirando a las parejas jóvenes y bellas en los bonitos entornos de palmeras y mares tan azules que hacen daño en los ojos. El hombre joven dice que la piscina es demasiado pequeña. Que no cabe ni un alfiler.

La mujer carraspea.

—Así que hoy es el día, ¿eh?

La miro, pero no contesto.

Miro otra vez el televisor.

—Estoy preparada, Travis. Que sepas que estoy preparada. Por el amor de Dios, llevo preparada diez años. ¿Qué sentido tiene mantenerme aquí, eh? Se acabó. He vivido una vida larga y feliz y todas esas monsergas y se acabó. ¿De verdad lo vas a alargar? ¿Hasta que esté enferma y frágil? Travis, ¿quieres hacer el maldito favor de mirarme?

—¿Qué tal te encuentras hoy?

Ríe y menea la cabeza.

—Me encuentro como una mujer muy mayor. Tan vieja y quebradiza como si fuera una mujer de jengibre en camisón. Haz algo útil. Ve a buscar las galletas, anda.

Hago lo que me pide y cojo la lata roja del armario que está junto a la nevera y se la dejo en el regazo. La abre y me llega el olor dulzón y tostado a leche malteada y crema de un par de digestives viejas. Las digestives nunca le han gustado mucho, pero ahora las mira. No se mueve.

—¿Sabes? Cuando murió Nicholas no me puse triste. A ver, me puse triste, sí, pero no es una cosa trágica, ¿a que no? No como cuando se muere una persona joven. Es normal que las personas mayores se mueran. Todos sabemos que algún día vendrás a buscarnos. Pero Nicholas no estaba preparado. Creo que le habría gustado morirse más tarde que yo, para no dejarme sola. Yo tampoco creía estar preparada, pero cuando te lo llevaste a él, supe que lo estaba. Hay dignidad en una muerte así, ¿no te parece? Irte cuando aún estás en pleno dominio de tus facultades. Sabía que no tardarías mucho en venir a por mí.

Me mira con ojos vidriosos.

—No sabes por lo que estoy pasando, Travis. Crees que sí, pero no lo sabes. Perder a alguien tan importante, y vivir tantos años con esa ausencia.

Sé que no habla solo de Nicholas.

—¿Es decisión tuya, además? ¿Decides tú quién se queda y quién se va? ¿Decides cuándo o cómo? ¿O no eres más que un sirviente? Una fuerza de la naturaleza.

Sorbo mi té. Y cuando comprende que no voy a contestar, coge una galleta de vainilla de la lata y la moja en el suyo mientras mira a una pareja beber margaritas en una terraza.



A la vuelta de la esquina, pasando un pub cerrado, hay una hilera de casas cuyas puertas delanteras dan directamente a la carretera. Hay una acequia que discurre detrás de las casas,

en paralelo a sus jardines: agua turbia que mana de una gran tubería de acero. Cada una es de un color distinto: huevo sucio de pato, gris lechoso con salpicaduras, ladrillo visto, amarillo pastel desvaído. Llamo a la de ladrillo.

Dentro, los niños corren por las escaleras peleándose por una máscara de superhéroe mientras la madre intenta dormir y el padre desmonta su motocicleta en la mesa de la cocina. Este último grita a los niños que se callen de una puta vez. No lo hacen, así que lo repite en voz un poco más potente. No le dejan ni pensar; estaba contando pernos y ahora no sabe dónde va nada ni tampoco por qué se ha puesto a desmontar la motocicleta.

Este hombre, este padre, fue el mejor padre del mundo para sus dos primeros hijos. Pero en algún momento entre el tercero y el cuarto, se acostumbró demasiado. Tanto se acostumbró que se olvidó de sí mismo y un entumecimiento se fue apoderando de sus músculos y de su cara hasta que su vida fue un líquido viscoso en el que apenas lograba mantenerse a flote y ahora, por mucho que lo intentara, no podría querer a esos niños. Por supuesto que los quiere. Los protegería con su propia vida. Pero no los quiere de la manera que quieren esos niños a su máscara de superhéroe. No lo siente. Es incapaz de mirarlos y sentir emoción, ni orgullo ni agradecimiento: está demasiado cerca para eso, es como intentar leer las palabras de una página con la nariz pegada a ella. Tal vez si pudiera irse a vivir a otro sitio durante seis meses, volvería y los vería con ojos nuevos. Pero nunca tendrá esos seis meses y no sentirá absolutamente nada hasta justo un año después de que el más joven se marche de casa, con la moto todavía desmontada en la cocina.

La niña pequeña se ha puesto a llorar y los chicos le dan la máscara, y, por primera vez desde que amaneció, la casa está tranquila. El padre oye que llaman a la puerta.

Abre y me ve. Un atisbo de desconcierto: ¿soy un repartidor? ¿Un testigo de Jehová? ¿He venido a llevarme el tobogán? Pero entonces ve el álbum de fotos que tengo en la mano. Este es morado y lleva «Instantes preciosos» estampado en la cubierta en letras cursivas plateadas.

—Ah, genial. Gracias, amigo. Entonces, ¿has podido recuperar alguna o…?

—Todas.

—Gracias. Mi madre estará encantada.

Coge el álbum, pasa unas cuantas páginas. No conoce a casi ninguna de las personas de las fotografías: son amigos de sus padres, tíos segundos y tíos abuelos.

—Genial. ¿Qué te debo?

—Nada.

—¿Seguro? No me parece bien.

Deja el álbum en la mesa que hay cerca de la puerta y se saca la cartera del bolsillo. Coge dinero y me lo da. Decido que es más fácil aceptarlo, así que lo acepto y los dos nos quedamos callados en la puerta. Tiene esa mirada: como si me conociera, pero no estuviera seguro de qué.

—¿Te apetece un café o algo?

La niña pequeña llega corriendo del pasillo con la máscara y la capa de nailon.

—No.

—Vale. Pues muchas gracias. Nos has hecho un favor.

Me hace una inclinación de cabeza y cierra la puerta. Pasa junto a su hija sin detenerse y vuelve a la cocina, a su motocicleta despedazada.

A poca distancia de mi apartamento hay un huerto urbano. Un refugio hecho de flores, hortalizas y cobertizos de colores cerrado por muros de ladrillo desconchados. Huele a hierbas, a compost, a veces a polen. Tengo una parcela —del tamaño

de una mesa de centro, llena a rebosar de un batiburrillo de plantas— y me suelo sentar en un taburete a verlas crecer.

La mañana está despejada, y es fría, y silenciosa salvo por el tráfico amortiguado al otro lado de los muros. Los jardineros nos sonreímos los unos a los otros, pero rara vez hablamos. Si alguno dice algo, es para felicitar a un vecino por sus patatas o sus tomates cherri. El cumplido se devuelve y fin de la conversación hasta el año que viene. Así es como les gusta. Nuestro pequeño santuario, nuestro monasterio, un templo de quietud en el estrépito del mundo y nuestro papel es sencillamente cuidar las plantas.

No me sé los nombres de estas plantas, pero son bonitas y crecen las unas encima de las otras y las unas a través de las otras y requieren poca atención. Durante unos minutos cierro los ojos y escucho el suave tintineo de rastrillos y paletas, un crujido de raíces, las palomas en los sauces, un temblor de hojas, el ronroneo de motores. El ritmo del mundo. Va y viene, se hincha y se expande igual que un corazón inquieto.

Y cuando paseo por la orilla del río, cuento los objetos que hay en el agua —el carrito, los pañales, el colchón, la bicicleta— y es todo tan asqueroso y tan bonito, tan útil, que convierto mentalmente los objetos en casas, un sitio para dormir, un sitio donde esconderse cuando todo se hace excesivo, con el agua marrón, los peces atrapados en el muelle de suspensión, el limo y el lodo y el puente y la ciénaga con las conchas encajadas en el barro y los juncos. Esta ciénaga estuvo cubierta por mar hasta que cavaron las zanjas y lo drenaron y ahora es tierra tan llana que a estos humanos se les ha olvidado cómo son las colinas. Está todo a la vista y expuesto, sin perspectiva, un mero diorama del mundo, y hay un puente que gira para dejar pasar los barcos y sobre el puente hay una caseta de madera con nada excepto una palanca, y una silla,

y un teléfono, y un montón de revistas descoloridas. Me paro a mirar el puente mientras gira, mientras rechina y rota sobre su eje, antes de volver a girar, rechinar y rotar de vuelta.

En la estación de tren todo es normal excepto por un hombre en la treintena a punto de saltar. Esto no lo saben aún los demás pasajeros, que pasean por el andén, dan patadas distraídas al aire, miran sus teléfonos e intentan llenarse el cerebro con cualquier cosa que los entretenga durante estos minutos de no hacer nada. Leen los letreros, incluso los aburridos. Miran a los desconocidos, y son todos desconocidos, y esos desconocidos miran a otros desconocidos. Piensan adónde van. Algunos escuchan música. Algunos hablan, pero es una conversación de relleno, vacía, y se acerca un tren. Ocurre tan deprisa que los desconocidos lo recordarán durante semanas: un hombre de unos treinta años salta delante del tren que está entrando en la estación. Salta igual que una estrella de mar y el morro del tren lo golpea. No hay sangre, no hay vísceras. El tren no circulaba lo bastante rápido para reventarlo. En lugar de ello, hay un ruido metálico, un chirrido de frenos, y el hombre parece colgar indefinidamente del morro del tren. Un coyote de dibujos animados espachurrado contra la pared. Respingos, uno o dos gritos. Un adolescente con sudadera de capucha tapa los ojos a su novia. El hombre estrella de mar cae y resbala debajo de las ruedas.

Quince personas han visto saltar al hombre. Diez de ellas se preguntan por qué no sienten prácticamente nada —han sido testigos de un acto espantoso y, sin embargo, sienten poco más de lo que sentirían de haberlo visto por televisión sabiendo que era ficción—, y ese sentimiento es el que los atormentará durante semanas. Llegan los bomberos. La policía. Llegan los trenes de repuesto a otros andenes y las personas que vieron saltar al hombre suben a ellos y se pierden la segunda parte.

Y más tarde, cuando busquen lo ocurrido en Google, leerán sobre la escena que vieron con sus propios ojos y leerán también que el hombre murió más tarde en el hospital y oirán rumores de que era un terrorista, de que llevaba un lápiz USB en el bolsillo trasero y de que estaba huyendo de la policía. Se quedó sin opciones, decidió terminar con todo, lo tenía merecido, aunque es triste, no, no lo es, e intentan imaginar sus piernas destrozadas bajo las ruedas del tren.